Cátedra Raúl Rangel Frías

Más allá de la visión de Anáhuac: Poética de los viajeros mexicanos

Vicente Quirarte

iversidad Autónoma de Nuevo León

Vicente Quirarte. Doctor en Literatura Mexicana por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, es investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la misma institución. Ha sido profesor visitante en las universidades de Austin, Jerusalén y Sevilla.

Ha publicado libros de poesía, narrativa, teatro, crítica literaria y ensayo histórico. Algunos de sus títulos son Peces del aire altísimo, Vergüenza de los héroes, Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México y Del monstruo considerado como una de las bellas artes.

Ha recibido el Premio Nacional de Ensayo Literario, el Premio Xavier Villaurrutia y la Distinción Universidad Nacional. Es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua e integrante del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México.

MÁS ALLÁ DE LA VISIÓN DE ANÁHUAC:
Poética de los viajeros mexicanos

Cátedra Raúl Rangel Frías

MÁS ALLÁ DE LA VISIÓN DE ANÁHUAC:
Poética de los viajeros mexicanos

VICENTE QUIRARTE

Conferencia presentada el día 25 de mayo de 2007
en el Colegio Civil Centro Cultural Universitario

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

José Antonio González Treviño
Rector

Jesús Áncer Rodríguez
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Alfonso Rangel Guerra
Director del Centro de Estudios Humanísticos

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Primera edición, 2007
© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Vicente Quirarte

ISBN 978-970-694-436-8

Impreso en Monterrey, México
Printed in Monterrey, Mexico

Agradezco cumplidamente a la Universidad Autónoma de Nuevo León haber sido invitado a la Cátedra Raúl Rangel Frías por generoso intermedio del maestro Alfonso Rangel Guerra, amigo y cofrade de nuestra Academia Mexicana de la Lengua. En fidelidad a una cátedra humanista, y al generoso impulso que la anima, compartiré con ustedes una de las obsesiones que ocuparon tanto la pluma como la persona del imprescindible Alfonso Reyes. Me refiero al viaje y a la condición del viajero, a la constante invitación que a sus lectores hizo Reyes desde sus *Cuestiones estéticas* hasta el trayecto que en las madrugadas hacía de su lecho a la mesa de trabajo para robar tiempo al tiempo y consagrarlo en las múltiples e imprescindibles páginas que nos legó. Reyes fue un gran viajero en el tiempo y en el espacio. En todo momento, y en todos los géneros, dejó testimonio de su periplo.

Al titular esta conferencia *Más allá de la visión de Anáhuac. Poética de los viajeros mexicanos*, en el primer enunciado quise rendir homenaje al libro que, publicado por primera vez en 1917, cuando su autor se encontraba ya en España, es una síntesis del paisaje que ojos extranjeros tuvieron de nuestra antigua tierra y de cómo la imaginación y la realidad

fueron delineando los contornos de un paisaje que es ahora entrañable, inevitablemente, nuestro. La expresión *poética de los viajeros mexicanos* se refiere a la particular manera en que los nuestros se trasladaron y dieron testimonio escrito de su tránsito y de tal manera integraron una retórica particular, una manera específica de ser y estar en el mundo. El siglo XIX fue el gran siglo de los viajes. El vapor como fuerza impulsora, y posteriormente la electricidad, así como otras invenciones que aceleraron el ritmo viajero; el surgimiento del sentido de nacionalidad y los colonialismos; la litografía como medio de transmisión de lugares antes ignorados por quien no tenía el privilegio de emprender el viaje personalmente, tarea que después llevaron a cabo la fotografía y el cine; todo contribuyó al surgimiento de un nuevo concepto del viaje y a un nuevo linaje de viajeros, que contaba a su vez con las categorías más diversas y sorprendentes: piratas y cartógrafos, científicos y desterrados, utopistas y comerciantes, artistas y desesperados fueron recibidos por tierras mexicanas, dejaron su huella y se llevaron en las pupilas, en los oídos, en el pensamiento, lo que de nosotros y nuestro cielo pudieron o quisieron asimilar. Vasta es la bibliografía sobre estos seres que transitaron por nuestro país. Como apunta Guadalupe Jiménez Codinach, ten sólo los testimonios escritos por viajeros de lengua inglesa, que en el siglo XIX vinieron a nuestro país, suman más de 600. Para comprobar la riqueza de voces y visiones de los otros, basta consultar la magnífica edición en cinco volúmenes que José Iturriaga de la Fuente ha realizado en su obra *Anecdotario de viajeros extranjeros en México*. La llamo edición porque su autor no se limita a ofrecer una antología de textos, lo cual sería ya mérito mayúsculo, sino que trenza el discurso de los viajeros con sus propios eruditos y ágiles comentarios. No resulta obra del azar que los testi-

monios más intensos, rescatables y dignos de la lectura de tales viajeros sean los escritos entre los primeros años del México independiente y la República restaurada, es decir, entre 1821 y 1867. En este lapso de más de medio siglo, el significado México adquiere su pleno significante. Es el México en sus primeros años de vida independiente, representado a través de la visión liberal del italiano Claudio Linati y el que llega a su madurez política, tras la tragedia del segundo y efímero Imperio, como lo vio el español José Zorrilla. Es el tiempo que ve el paso de profesionales de la mirada, que en letras e imágenes dejan testimonio de su asombro, su sensibilidad o su curiosidad científica. Vienen de todas partes del mundo y se llaman Claudio Linati, Moritz Rugendas, Pietro Gualdi, Mathhieu De Fossey, Thomas Egerton, John Phillips, Carl Nebel. Los que merecen especial admiración por su carácter aventurero y por asumir su papel de pararrayos de las pasiones independentistas son los españoles —que aceptan su peligrosa condición de *gachupines*—, Anselmo de la Portilla, Niceto de Zamacois y el mencionado Zorrilla.

Imparcial y objetiva, inocente e incómoda, la mirada extranjera es para el de casa una piedra en el zapato: subraya defectos pero a cambio hace la hipérbole de las virtudes y busca por todos los medios aumentar su número. El viajero es un enamorado con los sentidos abiertos a todos los estímulos: exaltará placeres y amplificará traiciones. Por lo tanto, su juicio será medido por la fortuna con la cual se encuentre con el otro. Molestaron a lectores contemporáneos las observaciones de Paula Kollonitz, dama de compañía de Carlota de Bélgica, sobre el excesivo tiempo que dedicamos a las comidas, o los juicios de madame Calderón de la Barca sobre el lujo monárquico de un sistema que se decía republicano. Sin embargo, con el paso del tiempo descubri-

mos los efectos de semejantes costumbres. El extranjero es el hermano incómodo, el que nos recuerda nuestras miserias pero también el que vuelve inéditos nuestros esplendores. En la imaginación del otro, el extranjero, y en la mitología práctica del nativo, el país pasa de ser exótico, salvaje y pintoresco, para incorporarse al concierto de las naciones que se decían civilizadas. Un viajero ejemplar, cuyos trabajos habrían de ser inspiración y guía, pero también auxiliar para quimeras e intervenciones extranjeras, fue Alexander von Humboldt.

Desde joven, el gran viajero se nutrió en relatos cuyo común denominador era el asombro ante el exotismo, la vanidad de describir un mundo inédito y, por lo tanto, descubrirlo. Desde entonces, a través de esos impresos en diversas lenguas, escritos por viajeros de distintas nacionalidades y con intereses que iban del enriquecimiento a la conquista, de la filantropía al poder, el joven naturalista esbozó una idea de América que habría de modificar radicalmente la forma de percepción de ese Continente pero también del mundo entero.

Abierto a todas las sorpresas, el extranjero que explora tierras inéditas es proclive tanto a la inmediata declaración de amor como al desprecio injustificado. En la urgencia por rendir testimonios de sus emociones y hallazgos que él considera únicos, repite lugares comunes o forja la metáfora indeleble que moldea la percepción futura. ¿Cuáles son los elementos que hacen única la poética viajera de Humboldt, que lo llevan a forjar un nuevo estilo, de mismo modo en que un poeta mayor modifica de manera radical la expresión y la visión de una comunidad? Como el artista, el viajero crea el mundo a partir de su experiencia. El mundo, aunque haya sido tocado por otros, nace con él. Humboldt es otro viajero, pero no es un viajero más. Es un lector del libro

abierto de la Naturaleza y a su vez un lector de fuentes de la más diversa procedencia que persigue

Desde el siglo XVI, los pasajeros a Indias, para utilizar una frase de José Luis Martínez, habían dejado testimonio de su estancia en tierras mexicanas. Humboldt tuvo noticia de los escritos de clérigos ilustrados, aventureros, fugitivos o empresarios que exploraban el nuevo mundo con objetivos diversos. Humboldt, con su visión objetiva y sistemática, habría de recoger, cuestionar, ordenar y ofrecer en una obra que debe ser contemplada como una suma bibliográfica, un repaso de fuentes y su transformación en un nuevo discurso. Si bien los primeros cuadernos del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* aparecen en París, y ya en los albores del movimiento de Independencia, su gestación tiene lugar desde la última década del siglo XVIII, cuando Humboldt, aun en su calidad de viajero inmóvil, recopila los elementos que le permitan establecer una hipótesis de lectura del mundo. El *Ensayo* de Humboldt consuma una de las metáforas más intensas del universo bibliográfico: sus pupilas atentas imprimieron un nuevo sesgo a lecturas canónicas y permitieron el surgimiento de un nuevo canon: la existencia de México como una nación que se incorporaba al concierto universal.

Si bien la bibliografía y la historiografía se han dedicado a estudiar a los viajeros extranjeros por México, ¿qué ocurre con los viajeros mexicanos? Tratemos de examinar algunos de los elementos que conforman la poética de esa particular especie que a partir del siglo XIX decidió abandonar nuestro proverbial estatismo, viajar y dejar testimonio escrito de su tránsito. Como apuntó Ignacio Manuel Altamirano, si bien nuestros ancestros fueron esencialmente nómadas, tres siglos de dominación colonial provocaron el fin de semejante condición. Los antiguos pobladores de

Anáhuac dejan de ser libres para transitar por su territorio y sólo lo harán con base en las necesidades y caprichos del dominador.

De la misma manera en que la evolución de la poesía mexicana desarrolla, de acuerdo con Xavier Villaurrutia, una tendencia a la melancolía y al desengaño, al salir de su patria el mexicano experimenta un inmediato desarraigo inmediato. Manuel Rodríguez Galván, nuestro primer romántico en el tiempo, abandona el país huyendo del mal de amores de la actriz Soledad Cordero. Aún en aguas de Veracruz, y rumbo a La Habana, donde habrá de morir trágicamente, el poeta canta el desgarramiento de la partida y esa nostalgia anticipada que será una de las características esenciales del viajero mexicano:

> En Méjico, ¡oh, memoria!
> ¿Cuándo tu rico suelo
> y tu azulado cielo
> veré, triste cantor?
> Sin ti, cólera y tedio
> me causa la alegría.
> Adiós, oh patria mía,
> Adiós, tierra de amor.

El lugar común *Partir es morir un poco* tiene, para nuestros viajeros, un dogma y una forma irremediable de ser. En tal sentido, la herida tiene lugar desde el instante en que el viajero pone un pie fuera de su domesticidad y se aventura en tierra ignota. En todos los casos, el viajero, excitado ante la sola posibilidad del traslado, tiene siempre la intención de volver y restaurar el viaje a través de la escritura y consumar de tal modo la idea de Wordsworth: emoción recordada en la tranquilidad. De ahí que don Sebastián de Toledo,

marqués de Mancera y virrey de México, notara con gran agudeza en una de sus epístolas: "E inútil es que los naturales de la Nueva España traten de vivir en la Europa, porque siempre estarán con los ojos fijos de la memoria en su tierra".

Desde el momento que opone pie en ciudad extranjera a la suya, el viajero modifica el paisaje y es transformado por él. Hábito común a nuestros viajeros será la permanente comparación entre lo propio y lo ajeno, con el triunfo final de lo primero. Pocos los han expresado mejor que Justo Sierra, al despedirse en 1895 del país vecino:

> Adiós, pues. ¡Oh! tierra de lo repentino, de lo colosal, de lo estupendo; naciste ayer y has crecido en una hora...Me voy a la tierra de las horribles chozas de adobe, de las casas "banales" y sin "confort", a la tierra de las personas lentas, negligentes, anémicas, de la temperatura enervante y dulce, del cielo tramado de luz. Esa tierra a donde voy me gusta más; pobres, pequeños e inactivos, los pueblos a que pertenezco se han apropiado un lote mejor en la batalla de la vida; a hormiguear indefinidamente en torno de migajas, hemos preferido catar al sol como las cigarras de la fábula. ¡Bah! séamoslo siempre, cantemos siempre, puesto que todo es ilusión.[1]

Con objeto de establecer los elementos de una poética viajera, examinemos el trayecto seguido por mexicanos del siglo XIX en dos ciudades y dos culturas diametralmente opuestas: Jerusalén y Nueva York. La ciudad espiritual y la ciudad imperial. Para comprender el espíritu que animaba a nuestros viajeros, es preciso acudir de nueva cuenta al imprescindible Alfonso Reyes, a quien debemos la traducción y el prólogo al *Viaje sentimental* de Laurence Sterne. Con esa

1. Justo Sierra, "En tierra yankee", en *Obras completas*, v. VI, p. 93.

prosa musculada y sintética que le permitía expresar grandes ideas en breve espacio, Reyes nos dice: "Sterne es más humorista que sentimental, o que es sentimental más bien en aquel sentido de la palabra que implica la no sujeción a doctrinas, la lealtad al impulso. Y el impulso, el resorte fundamental de Sterne, es la necesidad -la necesidad nerviosa, sedienta- de causar sorpresas, de abrir a la meditación ventanas imprevistas."[2]

En 1768, el clérigo anglicano Laurence Stern había publicado *A Sentimental Journey through France and Italy*, libro que, con las aventuras de Tristam Shandy, convierte a su autor en padre de la moderna novela psicológica. Como advierte Reyes, el calificativo *sentimental* aplicado al viaje implicaba una nueva definición para la actividad motora de trasladarse de un lugar a otro: el espíritu otorga al viajero su condición profunda: la emoción determina la maduración del tiempo a través del espacio. Ya en el siglo XIX, el joven Manuel Payno publica el artículo "Viaje sentimental a San Ángel". En clara alusión al concepto de Sterne, el mexicano utiliza sus cinco sentidos para ofrecer el testimonio de su exploración, con una temprana habilidad narrativa que desplegará plenamente en *Los bandidos de Río Frío*, ese dilatado viaje sentimental a un siglo XIX que deseaba legar sus glorias a los siguientes. De manera sintomática, los autores de uno de nuestros mejores libros de viajes por el extranjero, antes de emprender su éxodo viajan intensamente por su propio país. Cumplen, inclusive, con la exigencia que Xavier de Meistre había impuesto a todo aquel que, al viajar, comienza por llevar a cabo un viaje alrededor de sí mismo, un viaje alrededor de la alcoba. Además de Payno, Guillermo Prieto y Francisco Zarco fueron grandes viajeros de

2. Alfonso Reyes, prólogo a Lawrence Stern, *Viaje sentimental*, p. 10.

la Ciudad de México y contribuyeron a descifrar los misterios a los que cotidianamente se enfrenta el hombre de la calle.

En tanto que recuperación del alma, el viaje romántico se transforma en una peregrinación, sobre todo cuando se trata de reconstruir paisajes consagrados por la fe religiosa. René de Chateaubriand publica en 1802 *El genio del cristianismo*, uno de los libros más influyentes para comprender el significado y el significante de misterios y lugares donde Jesucristo nació, predicó y murió. Chateaubriand escribe su libro contra la secularización revolucionaria y en defensa del espíritu de una religión que hacía de la ética una estética e inversamente. El siglo XIX fue de redescubrimiento del pasado, del nacimiento de un arte mayor llamado arqueología. Las antiguas ciudades emergieron ante el asombro de quienes, a ambos lados del océano, descubrieron un mundo cuyas realidades eran más poderosas que la imaginación.

El espíritu libre e indagador del romántico hace del viaje una obligación moral, una exploración del alma. El mundo antiguo irrumpe en el presente y otorga no sólo su exotismo sino claves para ser explorado: la piedra de Rosetta permite la comunicación concreta con el antiguo Egipto. La antigüedad se convierte en una realidad que es preciso representar, como lo hacen la pluma y el pincel de Stephens y Catherwood en la Península de Yucatán, como lo harán los escasos pero selectos mexicanos que transforman el viaje en aventura, que apuestan el alma más allá de los límites impuestos por la relativa comodidad del siglo XIX y su destino final que convencionalmente era París. En distintos momentos del siglo XIX, tres mexicanos viajan a Medio Oriente y dan testimonio escrito de su estancia: José María Guzmán, Luis Malanco y José López-Portillo y Rojas se trasladan a los santos lugares en 1837, 1874 y 1875, respectivamente.

Guzmán, nuestro primer viajero, está en Jerusalén cuando ha pasado la epidemia de cólera del 33, que en México causó la muerte de casi todo el pueblo de San Ángel y que en Medio Oriente, aún más insalubre que nuestro país, continuaba cobrando víctimas. El propósito original de su viaje era trasladarse a Roma para "agitar la causa de la beatificación de fray Antonio Margil de Jesús" pero tuvo el buen tino de visitar los lugares santos de Jerusalén, "ínterin el fiscal despachaba dicha causa en Roma".

Mientras el padre Guzmán emprendía su peregrinación a Tierra Santa, para convertirse en referencia obligada de futuros viajeros nacionales, en la Ciudad de México de 1838, dos poetas, José Joaquín Pesado y Manuel Carpio, trazaron el mapa literario del país bíblico en su producción poética. Los dos fueron educados en la fe cristiana. Pero los dos, eruditos apasionados, hicieron de la Biblia la base de su geografía emotiva. Nunca estuvieron en la entonces Palestina. Siempre la soñaron. Estimularon su imaginación y su cultura para visitar Jerusalén.

José Joaquín Pesado, amigo y aliado en aficiones literarias de Carpio, escribió un extenso poema titulado "Jerusalén", donde, a través de las voces de distintos personajes, medita sobre un paisaje que para los ojos de propios y extraños, es el que mejor define la idea del estado del alma. Los colegas de Carpio y Pesado en la Academia de Letrán, no obstante que admiraban su erudición y sabiduría, se burlaban de ellos por tañer exclusivamente —decían— el salterio hebreo. Los lectores contemporáneos aún no tenían la perspectiva para ver en esos poemas una de las características del romanticismo: la exploración de paisajes exteriores que tienen por objeto la búsqueda de paisajes espirituales. Pero Carpio y Pesado fueron más allá. A partir de la tradición hogareña de representar en el Nacimiento una

de las fechas esenciales del cristianismo, y de utilizar sencillas figuras de barro para escenificar la noche del 24 de diciembre en Belén, los poetas citados quisieron llevar su conocimiento de la tierra de la Biblia a la concreción plástica. En el interior de la casa de Pesado, en la calle del Ángel - actualmente Isabel la Católica- los dos amigos se dieron la tarea de reproducir, casa por casa, colina por colina, la ciudad que soñaban. Del otro lado del océano dos mexicanos, Carpio y Pesado, se valieron de cartón y corcho, de su imaginación amorosa y cultivada, para edificar Jerusalén, aunque supieran que esos materiales, como los sueños y los hombres, son efímeros. Los jóvenes de la Academia de Letrán son invitados un día a ver la maqueta de Jerusalén, una ciudad construida con la religión, la poesía y la historia, y que los poetas mexicanos reproducían en el interior de su casa, como una confirmación de la idea de Italo Calvino de que toda ciudad es invisible porque nosotros, con nuestra imaginación, la volvemos tangible.

El viaje de la imaginación emprendido por Carpio y Pesado es estricto contemporáneo del viaje físico que en 1839 emprende el artista escocés David Roberts a Tierra Santa. El resultado son las litografías más notables de la época, dos décadas antes de que, el fotógrafo Auguste Salzmann hiciera algunas de las más notables y pioneras impresiones de la ciudad santa. Roberts fue el primer artista occidental que exploró exhaustivamente los lugares bíblicos. Consiguió inclusive la autorización para pintar el interior de las mezquitas, siempre y cuando no utilizara pinceles con pelo de cerdo. A lo largo de la mayor parte del siglo XIX, Jerusalén era una ciudad en decadencia, dominada por los turcos, y en las obras de un artista tan notable como Roberts recuperó el misterio de su arquitectura, el dramático misticismo de sus paisajes, la interrelación que los personajes estable-

cían con el cuerpo de la ciudad. Gracias a él, los ojos extranjeros pudieron conocer una ciudad viva y presente, no exclusivamente prestigiada en la imaginación. El paisaje físico y espiritual pintado por Roberts fue en general el recorrido por los viajeros mexicanos del XIX. Sus litografías se centran en la grandeza arquitectónica, en el colorido y exotismo de los trajes, en el dramático contraste entre el desierto y la ciudad de cúpulas y minaretes. No hay en ellas el sangre, el sudor y las lágrimas, la falta de higiene y el estado lamentable de la ciudad, que incluso un fraile tan estoico como Guzmán no deja de advertir.

Al mismo tiempo que Roberts se hallaba en Jerusalén, Guzmán dio a luz en 1837 su *Breve y sencilla narración del viaje que hizo a visitar los Santos Lugares*. El estilo del presbítero establece un modelo para textos posteriores donde el viajero se convierte, por devoción, en un peregrino. Se trata de un viaje por pasión y no por curiosidad, y en cada uno de los lugares que visita, Guzmán reconstruye fragmentos de la vida de Cristo. Al contrario de viajeros posteriores, que habrán de acudir a textos de escritores como Chateuabriand o Lamartine, Guzmán se limita a una sobria caminata de la fe, cristiana. El breve y compacto librito de Guzmán, conmovedor desde su detallada portadilla, se lee con deleite y gratitud, porque quiere ser el viaje de un devoto, sin artificios literarios ni arqueología de aficionado.

Entre el viaje de Guzmán, y los de Malanco y Portillo y Rojas hay una notable diferencia de transportación. Guzmán utiliza 28 días para trasladarse de Veracruz a Nueva York y Malanco, cuatro décadas más tarde, celebra los progresos de la civilización y que, gracias a nuevas formas de energía, modifica el tiempo y el espacio. Durante la Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, los Santos Lugares volvieron a ocupar la imaginación popular a raíz

de que el archiduque decidió enviar a Miguel Miramón y Leonardo Márquez a Berlín y Constantinopla, respectivamente. El agudo grafito de Constantino Escalante registró el acontecimiento en las páginas de *La Orquesta*, y ambos caudillos conservadores aparecen en camino a ese elegante exilio: "Uno va con instrucciones y otro por instrucción". La leyenda se refiere a que Miramón recibió la comisión de estudiar en Berlín tácticas militares, mientras que a Márquez se le daba una comisión tan difícil como absurda. No tenemos por desgracia testimonios de Leonardo Márquez en Medio Oriente, pero los colaboradores de *La Orquesta* dedicaron varias caricaturas a satirizar ese exilio forzado, cuyo motivo aparente era la instalación de un consulado mexicano en Jerusalén y la recuperación —por intermedio mexicano— de los Santos Lugares para la cristiandad. En otras palabras, comprarlos de manos de los turcos. Debajo de esta comedia de equivocaciones, lo que en realidad perseguía Maximiliano, era deshacerse de una de las figuras más influyentes y poderosas de la causa conservadora.

A los 24 años de edad, en 1874, un joven tapatío que había obtenido su título de abogado, recibió de sus padres el regalo de un viaje a Europa y a Oriente. Su nombre: José López-Portillo y Rojas. Quien habrá de convertirse en ilustre pensador político y cultivador de la novela realista, publica su primer libro bajo el título *Apuntes de viaje a Egipto y Palestina*. El joven abogado hace un registro minucioso de su viaje. Todavía es el caballo el vehículo mejor para moverse por esa tierra. El estilo es seco, sobrio como el desierto, y varias de sus descripciones podrían acompañar las litografías de Roberts. poderoso: "Así es que puede decirse que Jerusalén es una ciudad fortificada por la naturaleza, levantada sobre una altura, rodeada de profundísimos abismos que le sirven de fosos, y amurallada detrás de estos abis-

mos por las montañas en contorno. Bien se conoce que esta es la ciudad extraordinaria que vivía aislada del mundo; la ciudad guerrera que sostuvo diez y siete sitios; la ciudad de los prodigios que parece encontrarse segregada de la tierra."[3]

Con todo y provenir de un México donde existía una buena relación entre la Iglesia y el Estado, López-Portillo no desaprovecha la oportunidad para hablar de Jerusalén como la ciudad decidida. Descalifica a las otras religiones monoteístas y exalta las bondades del catolicismo, con una virulencia que no tiene ni el texto del padre Guzmán.

De formación abogado al igual que López-Portillo, Luis Malanco (1831-1888) publica en 1875 *Un viaje a Oriente*. El autor de la introducción es Ignacio Manuel Altamirano, en un texto que es una verdadera poética del viaje y donde hace notar la nobleza de estilo de Malanco, al contrario de quienes se limitaban a refundir los materiales de otros autores. Hedonista y atento a lo que sucede a su alrededor, Malanco combina hábilmente sus hallazgos de cada día con un paisaje que parece ser el mismo que vio la pasión de Cristo. Consciente de que para la redacción de su libro hace una suma de materiales anteriores, declara: "Las noticias históricas que en él pongo, las sabe el mundo y las ha pensado; las observaciones científicas que hago estudiando la naturaleza, los personajes y los sucesos, las han hecho en distintas formas y en varias épocas, los exploradores los sabios y los viajeros".[4] De los tres viajes antes mencionados, el que

3. José López-Portillo y Rojas, *Egipto y Palestina. Apuntes de viaje,* p, 72.

4. En la introducción al libro de Malanco, Altamirano hace una lista de algunos de los libros seguramente consultados por el viajero mexicano: "No hay, pues, que buscar en su libro la intención histórica que domina en Los viajes a Oriente de Pockocke, ni el espíritu de indagación que caracterizó los viajes de Renan, ni la ciencia arquitectónica de Vogué, ni la perseverancia de anticuario de Saulcy, en su segundo viaje, con objeto de reconstruir la vieja Jebus y los recintos sucesivos de la ciudad judía, ni atravesando aquellos mares de Oriente ha prestado principal atención a los recuerdos clásicos como

supera el síndrome del nómada que se siente con la obligación de acudir a otras fuentes para fundamentar sus afirmaciones, el más notable es el de Malanco. Su descripción de las costumbres de los habitantes, así como de los lugares que su asombro convierte en inéditos, otorga a su prosa las virtudes advertidas por Altamirano.

Entre el viaje del padre Guzmán y el de Malanco hay una diferencia de casi medio siglo en que cambia la mentalidad mexicana, y el país modifica su sensibilidad política y espiritual y donde, asimismo, las condiciones del viajero son distintas. En un territorio donde las comunicaciones permanecían, como siglos atrás, inalterables, López-Portillo habla de un ferrocarril inglés que lo lleva a formular la siguiente utopía que, hasta la fecha, no se ha realizado: "De esta manera, el viaje a la Tierra Santa, en otro tiempo tan largo y peligroso, vendrá a quedar reducido a una breve expedición de once días, tomando por punto de partida la capital de Francia. Los peregrinos de todos los países cristianos afluirán a ese país, muchos de ellos se establecerán allí para siempre y, con el tiempo tal vez, la Palestina vendrá a ser nación cristiana". Aunque diferentes fueron los tiempos de su exploración y particulares sus puntos de vista al interpretar lo que descubrían —uno desde la perspectiva de ministro del culto cristiano, otros como practicantes y hombres sensibles—, todos iban al encuentro de un paisaje y una cultura diferentes, pero adivinados en la literatura que había sido parte nuclear de su educación. Si bien, como advertía Altamirano, consultaron a viajeros anteriores, La Biblia era la fuente principal donde los mexicanos bebieron para el trazo de una ruta espiritual donde los viajeros,

---

Gerardo de Nerval o como el escéptico Teófilo Gauthier, o como el apasionado Schliemann". Introducción a *Viaje a Oriente*, v.I, p. VII-VIII.

transformados en peregrinos, reconocían sitios, nombres y hechos que la historia, la leyenda y la fe habían otorgado solidez y permanencia. Guzmán, López Portillo y Malanco pueden ocupar un digno lugar al lado de los orientalistas que en el siglo XIX descubrían a los ojos de sus lectores un mundo nuevo, pero familiar: la otredad presentida, el paisaje adivinado. Como advierte Edward W. Said, "el cristianismo completó el establecimiento de las principales esferas existentes dentro de Oriente: había un Oriente Próximo y un Extremo Oriente, un Oriente familiar y un Oriente extraño. En la geografía de la mente, por tanto, se producía una oscilación con respecto a Oriente, a veces era un mundo antiguo al que se volvía, como al Edén o al Paraíso, para establecer allí una nueva versión de lo antiguo, y otras era un lugar completamente nuevo".[5]

Dejemos los esplendores de Jerusalén y viajemos ahora a Nueva York. Para los países latinoamericanos que en los primeros años del siglo XIX se formaban en principios liberales, Francia generaba los valores que determinaban tanto la actuación política como la existencia cotidiana de quienes paulatinamente iban forjando un concepto de nacionalidad. París era el centro del cual irradiaban artes, modas, gastronomía, modelos pedagógicos. Desde el estallido de la Revolución Francesa hasta los primeros años del siglo XX, París es la capital del siglo XIX, según la expresión de Walter Benjamin. Sin embargo, en las regiones septentrionales de Estados Unidos crecía un gigante a ritmo inconcebible. Sus ciudades, erigidas mucho después de los majestuosos asentamientos de la que había sido Nueva España, se desarrollaban cualitativa y cuantitativamente gracias a la colonización y el libre comercio. Paulatinamente, la ciudad

5. Edward W. Said, *Orientalismo*, p. 91.

de Nueva York se convertía no sólo en el emporio comercial más importante del país, sino en un sitio donde se concentraban los logros y esplendores de la civilización material y, sus viajeros tuvieron que admitirlo poco a poco, de la cultura. La guía Appleton, que serviría a Guillermo Prieto para su exploración neoyorquina en 1877, afirmaba que Nueva York, junto con Londres y París, completaba la trilogía de grandes capitales del mundo. José Juan Tablada, quien ya en el siglo XX habría de instalarse en la que llamaría la Babilonia de Hierro, en las postrimerías del XIX señalaba este desplazamiento de la esfera francesa por la que propios y ajenos comenzaban a llamar ciudad imperial y, por extensión a la división política donde se hallaba, el estado imperial. Aunque no sería sino hasta 1931 que el rascacielos Empire State rebautizara de esa manera a la ciudad, desde el siglo XIX la denominación se convertía en moneda de uso corriente. En la imaginación de propios y ajenos, San Francisco era la puerta aúrea al Klondike y el enriquecimiento mágico; Washington, el centro del poder político; Filadelfia, un paraíso de conspiradores, como lo llamaría Martín Luiz Gusomán. Nueva York era la puerta de entrada a los inmigrantes, la capital del trabajo bien remunerado y la brutal competencia. Breve pero ilustre es la nómima de viajeros mexicanos que en el siglo XIX estuvieron en Nueva York. Su nombre resultará familiar, y las razones de su tránsito por esa ciudad será, casi siempre, obra del azar y no del placer. Ya fueran sus destinos Cadereyta, Paso del Norte o Nueva York, Guillermo Prieto ilustra con su expresión *viajes de orden suprema* la existencia forzadamente nómada de los mexicanos de su tiempo. En este breve repaso bibliográfico veremos cómo, mediante las visiones de aquella que en el siglo XIX comenzaba a llamarse comúnmente la Ciudad Imperial, es posible establecer una poética del viaje mexi-

cano y examinar de manera sincrónica el modo en que Nueva York se incorpora de diversas maneras a la imaginación de nuestros nacionales.

El primero en el tiempo es el ya mencionado padre José María Guzmán, quien rumbo a Jerusalén -la ciudad santa- se detiene en Nueva York —la ciudad del comercio—. Sus observaciones son escuetas, pero ejemplifican la admiración que el orden y la disciplina despertaban en la imaginación extranjera:

> Salí, pues, de Veracruz el 6 de marzo del año 1834; y después de los disgustos, trabajos y zozobras consiguientes a la primera navegación, y a la estación en que emprendí mi marcha, a los veintiocho días de ella arribé a Nueva York, ciudad populosa de Norteamérica. Me demoré allí quince días, tanto por tomar algún descanso, como para hacerme cargo de la clase de gobierno que tienen aquellos Estados Unidos. Admiré en efecto la pulcritud, la hermosura, el aseo, la buena fe de los tratados, y en suma la felicidad de aquellos dichosos ciudadanos. No obstante, en aquellos días fui testigo ocular de algunas conmociones populares a causa de las elecciones.[6]

El paisaje urbano que vieron los ojos del padre Guzmán se transformaría radicalmente un año después. La noche del 17 de diciembre de 1835 un incendio destruyó 600 edificios. El hecho de que sólo hubiera dos víctimas mortales otorgaba ya a Nueva York el calificativo de capital esencialmente comercial, pues casi todos los edificios afectados se dedicaban a esta actividad. La ciudad se recuperó al ritmo acelerado que ya desde entonces le era característico y se pobló de edificios que tomaron como modelo templos griegos y romanos. La población más conservadora se pregun-

6. José María y Guzmán, *Breve y sencilla narración del viaje que hizo a visitar los Santos Lugares de Jerusalén*, p. 1-2.

taba si "no se estarían perdiendo las virtudes republicanas, y la llegada de una cultura imperial de exceso y poder no amenazaría la supervivencia de la propia democracia."[7] En 1841, *El Mosaico Mexicano* incluye un artículo descriptivo sobre la prosperidad de la costa este de Estados Unidos, y particularmente de Nueva York. Ya había pasado la guerra de Texas, pero el gigante del norte aún no mostraba abiertamente la magnitud de sus ambiciones territoriales respecto a nuestro país.

Luis de la Rosa y Manuel Payno viajan, por diferentes razones a Nueva York el año 1848, es decir, poco después de la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo, por el cual México perdió más de la mitad de su territorio. Curiosamente, ambos omiten hablar de la ciudad. Payno llega en pleno agosto y decide emprender una excursión a Connecticut. Sin embargo, deja una breve impresión sobre el verano neoyorquino que, entonces como ahora, ahuyenta a sus habitantes a zonas más templadas:

> El calor a mediados de julio se hacía sentir de una manera terrible en Nueva York. Las espaciosas calles de Broadway, siempre llenas de gente y por ambas aceras, estaban a poco más o menos desiertas, y toda la población *fashionable*, toda la aristocracia republicana había abandonado la ciudad y marchándose al campo o a otros estados, porque además de la pronunciada decisión que los americanos tienen por moverse continuamente de un punto a otro, la multitud de fáciles, rápidos y poco costosos medios de transporte convidan a ello. Encontrando, pues, en una situación triste Nueva York, donde ninguna clase de asunto me detenía, hice lo que todos, y di principio a mi excursión por la Nueva Inglaterra. [8]

7. Eric Homberger, *The Historical Atlas of New York City*, p. 72.
8. Manuel Payno, "Fragmento de un viaje a los Estados Unidos", p. 241.

Luis de la Rosa, por su parte, había sido uno de los más hábiles artífices del gobierno provisional reunido en Querétaro, y uno de los que más inteligentemente obtuvo para México condiciones lo menos vergonzosas posibles. A pesar de ello, no mueve a De la Rosa el rencor sino la necesidad de conocer al país vencedor, de vivir, como dirá más adelante José Martí, en las entrañas del monstruo. No describe Nueva York, pero lo que señala sobre un paisaje cada vez menos natural y cada vez más artificial, es determinante para conocer el sentido ontológico de la extranjería mexicana: Luis de la Rosa escribe: "aunque he visitado después a Baltimore, a Filadelfia y últimamente a Nueva York, aunque en todos estos puntos he hallado objetos interesantes que describir, no ha sido lo bello y lo pintoresco sino lo útil lo que más ha llamado mi atención."[9] Resaltemos la importancia del término *pintoresco*. En 1832, el litógrafo Carl Nebel había publicado su *Viaje por la parte más pintoresca de la República Mexicana*, donde sus ojos extranjeros resaltan lo que de primitivo —y salvaje, en el sentido más peyorativo del término— tenía para él nuestro país. Al igual que otros viajeros posteriores, no obstante ser ministro plenipotenciario de México, De la Rosa aprovecha para expresar las bondades materiales de Estados Unidos, pero todo el tiempo las compara con las de México. Más adelante, apunta: "en el largo tramo que hay de Washington a Nueva York la población es tan numerosa y tan compacta, tan activa e industriosa, que la naturaleza aparece como silenciosa e inanimada ante el aspecto de una sociedad tan movible, tan agitada y bulliciosa. La atención se fija, pues, involuntariamente, en la sociedad, en su industria, en sus artes y comercio, y olvida uno la naturaleza."

9. Luis de la Rosa, "Viaje de México a Washington", p. 85.

Durante la Intervención francesa, varios de los liberales que no participaban con las armas en la mano, o aquellos que pudieron evadirse tras la caída de Puebla y luego de negarse a firmar un documento que los comprometía a no luchar más contra el Imperio, se instalaron en la ciudad que nos ocupa, donde fundaron un grupo de liberales denominado Club Mexicano de Nueva York. Formalmente quedó instalado el 16 de octubre de 1864, bajo la presidencia de Benito Quijano, a cuya muerte, en 1865, Francisco Zarco pasó a ocupar el puesto. José Rivera y Río, uno de los miembros el Club, notaba las bondades de una ciudad que si bien había recibido a toda clase de pícaros, que allí habían sentado sus reales, "en revancha Nueva York ha visto en sus calles y en sus teatros a los proscritos ilustres de todos los pueblos: recibido pomposamente a Lafayette en 1824; ha acogido en su seno a Kossuth y a los patriotas húngaros de 51; a los españoles del año de 30; a Garibaldi y a muchos compañeros suyos; a los mexicanos deportados o emigrados en 1864; a los polacos algunos meses después y en fin, a todos los hombres a quienes ha lanzado la tormenta revolucionaria a esperar mejores días a las márgenes del Hudson cuyas brumas melancólicas han hecho brotar nuestros mejores cánticos." [10]

Había una circunstancia geopolítica adicional: Juárez consideraba oportuno tener a sus partidarios lo más cerca posible del gobierno de la Unión, e impedir por medios diplomáticos que, a la muerte de Abraham Lincoln, el gobierno de Estados Unidos pudiera apoyar a Maximiliano. El más ilustre y notorio de los exilados mexicanos era, naturalmente, Margarita Maza de Juárez. Ante el avance de las tropas francesas en el norte de México, el fatídico año

10. José Rivera y Río, *Los dramas de Nueva York*, p. 10.

1865, el presidente consideró que el enemigo podía tomar como rehenes a los miembros de su familia. Con la ayuda de Pedro Santacilia, Margarita y sus 12 emprenden el éxodo. Se embarcan en Tampico, continúan a Nueva Orleans y de ahí a Nueva York. Los pasos de Margarita en Nueva York pueden ser seguidos a través de su correspondencia, así como la de Pedro Santacilia y Matías Romero, con el presidente Juárez. Inicialmente vivieron en el que ahora es el número 208 de la calle 13 Este. No existe más el edificio, pero sí una placa bilingüe que indica que en ese espacio vivió Margarita entre 1864 y 1866. Al lado se encuentra otra placa, dedicada a Emma Goldman, "anarquista, oradora y defensora de la libertad de expresión", quien vivió en la misma casa entre 1902 y 1913. El barrio donde vivía la familia Juárez era populoso y cálido, pues estaba ocupado, en su mayor parte, por irlandeses que habían llegado masivamente tras la hambruna consecuente de la crisis agrícola. Los mexicanos que compartían ese espacio no podían dejar de sentirse en casa, sobre todo si recordaban el brillante y solidario papel del batallón de San Patricio en la guerra contra Estados Unidos. Posteriormente la familia Juárez se mudó a la calle 31, donde habría de enfermar de pulmonía su hijo Pepe y morir en diciembre de ese 1865. La correspondencia que se conserva en torno a la muerte del niño es de una estoicididad sobrecogedora por parte de Juárez y de su esposa, como es la necrofilia —muy mexicana y oaxaqueña— que llevó a la familia a embalsamar el cuerpo, mientras no se le pudiera dar sepultura en tierra mexicana.

Soberbia en su pujante economía, la ciudad de Nueva York apostaba al esplendor y el oropel. Entre las cartas de Margarita destaca sobre todo aquella que envía a Juárez para decirle que es falsa la noticia de que en la recepción ofrecida por el ministro Seward, había lucido joyas suntuosas.

"Son, aclara, los aretes que me regalaste el día de mi santo". Otro día, en Broadway, le sucedió una escena que recoge Enrique M. de los Ríos en el libro *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*:

> En Nueva York...un vendedor de pescado estaba leyendo con gran empeño en el *Herald* noticias de México, referentes a la guerra que sostenía el partido liberal contra el llamado imperio. Al ver llegar a Margarita y a su hija Manuela, a quienes aunque no conocía por sus nombres sabía que eran mexicanas, en un arranque de entusiasmo se dirige a la señora Juárez y en un mal español le dice:
> —Ustedes son mexicanas, ustedes deben tener el honor de conocer al gran patricio, al presidente Juárez, ¿no es verdad?
> —Sí, lo conocemos, respondió con sencillez Margarita guardando modestamente el incógnito. El admirador del reformista no supo por lo mismo que estaba hablando con la esposa de éste.[11]

Vecino de Margarita en la primera de sus casas neoyorquinas lo era el enfermo pero incansable Zarco, que se instaló en el número 39 de la calle 15 este. Resulta ejemplar que con ser uno de los mejores escritores de costumbres de su generación, haya decidido no hablar de la riqueza que en ese sentido proporcionaba Nueva York y dedicara enteramente su pluma a defender la causa republicana y darla a conocer en todo el mundo.

Por fortuna, los exiliados mexicanos contaban con la experiencia y la celeridad de Matías Romero, embajador mexicano ante Washington, que hacía constantes viajes entre esta ciudad y Nueva York y mantenía informado al gobierno

11. *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*, p. 72.

itinerante. Es una lástima que el *Diario personal* de Matías Romero se interrumpa en enero de 1865. Resulta fundamental para comprender la vida cotidiana de un liberal de siglo XIX, y sus observaciones sobre la vida estadunidense hubieran arrojado valiosas luces sobre el tema que nos ocupa. Uno de los pícaros mencionados por Rivera y Río, que se acercó a tierra neoyorquina en mayo de 1866 fue Antonio López de Santa Anna. Con su discurso ambiguo y envolvente, declaraba para llegar para ponerse a las órdenes de Juárez —su antiguo antagonista y prisionero— y luchar contra la Intervención francesa. Con un cinismo que raya en la ingenuidad, declaraba ante las autoridades estadunidenses, de acuerdo con la comunicación de Matías Romero, del 14 de mayo de 1866: "Me aseguran que Santa Anna dice que él no puede gastar nada de lo suyo y que si los Estados Unidos están dispuestos a enviarlo a México y a pagar todos los gastos de la expedición, irá con gusto. Me dicen también que su plan ha sido que le entreguen a él los cincuenta millones de pesos que se dice va a prestarnos o garantizarnos este Gobierno."[12] El Club mexicano de Nueva York reacciona enérgicamente y publica un manifiesto donde concluye: "los republicanos de México no cometerán jamás el irreparable error de deshonrar sus filas, admitiendo en ellas al que fue siempre enemigo de la libertad y, abusando del poder, imploró para México el ominoso yugo extranjero."[13] Gracias a las firmas del documentos es posible enterarnos de quienes integraban el club y se hallaban a la sazón en Nueva York: Juan José Baz, Pantaleón Tovar, Felipe Berriozábal, Jesús González Ortega, Rafael de Zayas, Epitacio Huerta.

12. Benito Juárez, *Documentos, discursos y correspondencia*, v. 10, p. 912.
13. *Ibidem*, p. 914.

Como se dijo antes, otro de los mexicanos exiliados en Nueva York fue José Rivera y Río, novelista cuyos títulos denotan su preocupación eminentemente social. De acuerdo con un modelo de la época, durante su estancia neoyorquina publica *Los dramas de Nueva York,* publicada por primera ocasión en 1869, y donde incluye litografías que ilustran de manera ingenua pero fresca la vida de la ciudad en sus ámbitos públicos y privados. Fiel a la tradición de los novelistas de su tiempo, que describen prolijamente el espacio donde habrán de moverse sus personajes, Rivera hace al principio una excelente anatomía de la avenida Broadway:

> Broadway es la calle central de Nueva York: es como si dijéramos el engaste de millones de piedras preciosas y de mayor número de abalorios, que lucen principalmente en los días favorecidos por un sol de primavera o por el clima benigno del otoño.
>
> La traducción de este nombre es Camino-Ancho, y se tiene por epigramático ese título al recordarse que, según los teólogos, es el que guía a la perdición, así como se llega al cielo por el angosto.
>
> No anduvieron nada extraviados los que así bautizaron a la reina de las calles de esa *ciudad imperial,* como la llaman los demócratas neoyorquinos; pues que en esa senda hay tantas y tantas tentaciones, produciendo aventuras en que alma y cuerpo se comprometen, que no habría libro para escribirlas aunque la superficie del globo fuese de pergamino y la mar de tinta, hipérbole muy inglesa, pero que en el presente caso no carece de exactitud.
>
> La vida parece allí concentrada en el comercio; la procesión que viene desde la parte superior de la ciudad hasta City Hall donde comienzan a escasearse las tiendas al por menor, —y de allí a la parte más baja de la ciudad adonde principia otra faz de la vida de Nueva York, —la del cambio, y las transacciones del comercio por mayor —esa procesión, decimos, parece precedida por el becerro de oro o por Nep-

> tuno, la divinidad del tráfico. Tal es el objeto principal de aquella peregrinación constante, latente, sin solución alguna de continuidad.[14]

Guillermo Prieto, veterano de mil viajes y otras batallas, vivió en Nueva York del 8 de mayo al 27 de julio de 1877.[15] La causa de su forzado exilio era haber apoyado al inmaculado José María Iglesias contra la estrella de primera magnitud que comenzaba a ser Porfirio Díaz. En su exploración neoyorquina, Prieto pone en funcionamiento todo su cuerpo, su ingenio y su inteligencia. Aunque sus notas son particularmente las del liberal ilustrado que desea estudiar las instituciones, sus estructuras y las cifras que ocupan varias de sus páginas, no deja de hacer sus descripciones llenas de color, de crítica y de admiración. Tres décadas atrás había sido testigo presencial de la barbarie de los invasores en la capital. Ahora reconoce otros valores. Y aunque Prieto era un explorador de los bajos fondos mexicanos, como a Rivera y Río no deja de asombrarle los anuncios aparecidos en el periódico, que hablaban de una moral más relajada que la de la capital mexicana.

Solo o acompañado, Prieto visita edificios civiles y religiosos, cementerios, mercados, o simplemente el vasto escenario de la calle, espacio ideal para soltar la rienda de su musa. Es irónico que en la aduana visitada por Prieto trabajara un hombre llamado Herman Melville, que 25 años atrás había escrito *Moby Dick*, la novela más importante de su tiempo, y que sólo la posteridad reconocería. En cambio, al igual que su personaje Bartleby, el escribiente, Melville se dedicaba a acumular cifras y letras no heroicas, mientras a través

14. José Rivera y Río, *op. cit.*, p. 5-6.
15. Raymond Mc Lean, *Vida y obra de Guillermo Prieto*, p. 36.

de los ventanales miraba las alas de los veleros que habían transportado los años de su juventud. Otra exploración mencionada por Prieto es la que hace a la librería Appleton, editora de una guía de Nueva York que le fue de suma utilidad, pues de allí tomó tanto información como algunos de los grabados que aquí se muestran.

En 1880 aparecen, bajo el sello editorial de Filomeno Mata, los cinco volúmenes de las hermanas Larráinzar *Viaje a varias partes de Europa. Con un apéndice sobre Italia, Suiza y los bordes del Rhin por su hermana Elena L. De Gálvez* El viaje de las hermanas Larráinzar debe haber sido paralelo al de Prieto, pues su libro aparece en 1880. Sin embargo, las diferencias son notables, pues mientras Prieto se aloja en un hotel modesto, al cual lo llevaban el mermado presupuesto de la República itinerante, las hermanas Larráinzar se instalan en el lujoso Hotel Clarendon, en Union Square. Las viajeras siguen un esquema común a los libros del siglo XIX, consistente en relatar sus impresiones personales e incorporar descripciones contenidas en guías. Sin embargo, resulta de gran interés la visión que, desde su elevada posición social y su cultura en el más amplio de los sentidos, permite ver que los refinamientos neoyorquinos comenzaban a asemejarse a los de París y a veces a superarlos, sobre todo en lo que se refiere a la higiene.

Uno de los viajeros mexicanos más peculiares es el tamaulipeco Ignacio Martínez Elizondo, del cual nada se sabía antes de las investigaciones de Rosa María Talavera Aldana. Actualmente ha concluido una tesis, que pronto se convertirá en libro, y de ella extraigo las siguientes palabras: "Nuestro viajero publicó en 1884, nueve años después de su recorrido por Nueva York, sus *Recuerdos de un viaje en América, Europa y Asia,* e incluyó grabados de la catedral de San Patricio, el Parque Central, un típico vecindario y el

puente Brooklyn, ya terminado. *Flaneur* mexicano, Martínez recorrió y admiró cafés, teatros, cantinas y comercios de la gran ciudad; la elegancia, buen gusto y pulcritud de hombres y mujeres...Su impresión sobre la vida de las neoyorkinas va del deleite al asombro. Para Martínez resulta desconcertante su libertad y sensualidad: "Aquí la mujer, a todas las edades, y cualquiera que sea su estado, anda sola por todas partes..." Además, es muy común que las parejas jóvenes vivan en hoteles. "La vida en esta ciudad, puede decirse que es de hotel" y propicia que la mujer "se encuentre libre de las tareas domésticas".

Terminamos este repaso viajero con el que a fines de 1881 hizo Jesús E. Valenzuela, poeta y mecenas de la *Revista Moderna*. Lo más notable que le ocurre es el encuentro que tuvo con Oscar Wilde, quien se encontraba en la ciudad como parte de su gira triunfal de conferencias por Estados Unidos. Escribe Valenzuela: "En la cantina que yo frecuentaba, Hoffman House, había un cuadro del pintor francés Bouguereau, que se llamaba, según creo, *Las ninfas y el sátiro*, y que había costado un dineral. Allí conocí, envuelto en un gran abrigo de pieles, a Oscar Wilde. "¿Quién es?" dije con mucho interés al ver a aquel hombre simpático, de gran melena, que había pedido un vaso de agua cristalina, en cuyo líquido había colocado una flor tropical que llevaba en el ojal y que contemplaba largamente."[16] El aspecto físico de Wilde, con el abrigo de pieles con el que lo encuentra Valenzuela, puede ser reconstruido gracias a las fotografías que ese 1882 Wilde se hizo en el estudio de Napoleon Sarony.

La celeridad de los estadounidenses, frente a la indolencia de los mexicanos, será una de las características que más

16. Jesús E. Valenzuela, *Mis recuerdos*, p. 93.

noten nuestros viajeros. Las cifras, elementos fundamentales en una ciudad de comercio, ocupan asimismo varias de sus páginas, desde las ingenuas hermanas Larráinzar hasta el siempre agudo Prieto. El poderoso imán de la vida estadounidense, centrado en Nueva York, alcanzaría su cima con José Juan Tablada, autor finisecular que en los años veinte del nuevo siglo se establecería allí, pero que ya desde ante había vaticinado: "Venimos del Trianón parisiense y vamos hacia la hortaliza yanqui: no más embarques a Citeres, sino a bordo de trenes expresos del turismo apresurado y automático".[17]

*****

En esta rauda lista de criaturas en tránsito hemos visto toda clase de viajeros. Sin embargo, a todos ellos los anima la aventura. Viajar es arriesgar la integridad pero también, y sobre todo, para quien está dispuesto a dejar testimonio escrito de su vocación, apostar el alma. El viaje es iniciación y ritual de paso; su consecuencia final es una transformación, y los beneficiados somos, finalmente, los lectores, que también viajamos gracias a la imaginación. Mejor ser viajeros imprudentes que prudentes sedentarios, escribió Lord Byron. Su nombre viene a cuento porque el siglo XIX, el de los viajeros que hemos revisado, y como lo anunciamos al hablar de Humboldt, es el gran siglo romántico. El viaje como aventura del alma, como exploración de los sentidos. El *Diccionario de Autoridades* define la palabra *aventura* como "acaecimiento y suceso no esperado, sino casual. Es término propio de los libros de caballerías, donde por este nombre se entiende el hecho de armas, batalla o encuentro acon-

17. José Juan Tablada, *Las sombras largas*, p. 295-296.

tecido a los caballeros andantes". Esta definición pertenece al siglo XVIII, es decir, cuando Cervantes lleva dos siglos de haber transformado la novela de caballería en una cruzada simbólica por el idealismo y por hacer de cada día una aventura que nos haga dignos de ejercer el oficio de vivir. Hoy, como entonces, es preciso que cada viaje, por insignificante que parezca, se convierta en una aventura extraordinaria, en un hallazgo que nos permita transformar lo insignificante en una epopeya. Concluyen estas con otras palabras de Alfonso Reyes que son un desafío tanto para el viajero en potencia cuanto para el explorador consumado: "Hoy todos somos muy inclinados a escribir viajes sentimentales, y difícilmente concebimos la energía revolucionaria o la virginidad mental que hacía falta para crear el género".[18]

18. Alfonso Reyes, *Loc. Cit.*

Bibliografía

Anbinder, Tyler. *Five Points*. New York, The Free Press, 2001.

Armstrong, Karen. *Jerusalem. One City, Three Faiths*. New York, Ballantine Books, 1997.

Asbury, Herbert. *The Gangs of New York. An Informal History of the Underworld*. Foreword by Jorge Luis Borges. New York, Thunder' s Mouth Press, 1998.

Andanzas y caminos. Viejos libros de viajes. Fondo Bibliográfico Javier Cabornero Domingo. Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, Caja Duero, 2004.

Balbontín, Manuel. *El invierno un día del mes de enero a los 40 grados de latitud norte*. México, Imprenta de Gonzalo A. Esteva, 1884.

Basurto, J. Trinidad. *Recuerdo de mi viaje: historia de la segunda peregrinación mejicana a Roma y primera a Tierra Santa*. Méjico, El Tiempo, 1898, 3 v.

Black, Mary. *Old New York in Early Photographs. 1853-1901*. New York, Dover Publications, 1976.

Bopp. Marianne O. de. *Maximiliano y los alemanes*. México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1965 (Colección de materiales para la historiografía de México, 3).

Bulnes, Francisco Alonso de. *Páginas escogidas*. Prólogo y selección de Martín Quirarte. Segunda edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995 (Biblioteca del Estudiante Universitario 89).

——. *Sobre el hemisferio norte. Once mil leguas. Impresiones de viaje a Cuba, los Estados Unidos, el Japón, China, Conchincina. Egipto y Europa. Por Francisco Bulnes. Historiógrafo de la comisión mexicana enviada al Japón por el Supremo Gobierno para observar el tránsito de Venus por el disco del Sol*. México, Imprenta de la Revista Universal, 1875.

Buntline, Ned. *The Mysteries and Miseries of New York: A Story of Real Life*. New York, Edward Judson, 1848.

Burns, Ric y James Sanders. *New York. An Illustrated History*. New York, Alfred A. Knopf, 1999.

Burrows, Edwin G. y Mike Wallace. *Gotham. A History of New York City to 1898*. New York, Oxford University Press, 1999.

Carballo, Emmanuel (comp.) *¿Qué país es éste? Los Estados Unidos y los gringos vistos por escritores mexicanos de los siglos XIX y XX*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996. (Sello Bermejo)

Castañeda Batres, Óscar (comp.) *Francisco Zarco frente a la Intervención Francesa y el Imperio (1863-1864)*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1958 (Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Segunda Serie, Número 10).

Chateaubriand René de. *Le Génie du Christianisme. Suivi de la Défense du Génie du Christianisme*. Paris, Librairie de Firmin Didot Frères, 1851.

De la Rada y Delgado, Juan de Dios. *Viaje a Oriente de la fragata Arapiles y de la comisión científica que llevó a su bordo*. Barcelona, Emilio Oliver y Compañía, 1882.

Dunlop, M.H. *Gilded City. Scandal and Sensation in Turn-on-the-Century New York*. New York, William Morrow, 2000.

Eça de Queiroz, José María. *La reliquia*. Traducción de Ramón del Valle-Inclán. Presentación de Ana Clavel. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996 (Clásicos para Hoy).

Ette, Ottmar. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard.* México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

Eyzaguirre, José Ignacio Víctor. *El catolicismo en presencia de sus disidentes.* Guadalajara, Tipografía de Rodríguez, 1856.

Fernández Ledesma, Enrique. "Carpio y Pesado, arquitectos de Jerusalem". En *Galería de fantasmas. Años y sombras del siglo XIX.* Litografías de Fernando Leal. Capitales grabados en madera de Gabriel Fernández Ledesma. México, Editorial México Nuevo, 1939.

Galván Rivera, Mariano. *La Tierra Santa o descripción exacta de Jope, Nazaret, Belén, el Monte de los Olivos, Jerusalén y otros lugares conocidos en el evangelio, a lo que se agrega una noticia sobre otros sitios notables en la historia del pueblo hebreo. Obra formada con las relaciones literales de Chateaubriand, de Lamartine, de Michaud, del padre Guzmán y otros viajeros.* México, Imprenta de Vicente García Torres, 1842, 3 v.

Gaslight New York Revisited. Edited by Frank Oppel. New York, Castle Books, 1989.

Geramb, María José de. *La Tierra Santa. El Monte Líbano, el Egipto y Monte Sinaí, o sea relación del estado presente de estos países, con notas sacadas de varios otros viajeros.* México, Imprenta de Tomás S. Gardida, calle de San Juan de Letrán núm. 3, 1854.

Guzmán, José María. *Breve y sencilla narración del viaje que hizo a visitar los Santos Lugares de Jerusalén.* México, En la Oficina de Luis Abadiano y Valdés, 1837.

Homberger, Eric. *The Historical Atlas of New York City.* New York, Henry Holt and Company, 1994.

Hood, Clifton. *722 Miles. The Building of the Subways and How they Transformed New York.* Baltimore, The John Hopkins University Press, 1993.

Huerta, Epitacio. *Apuntes para servir a la historia de los defensores de Puebla que fueron conducidos prisioneros a Francia. Enriquecidos con documentos auténticos.* México, Imprenta de G. García Torres, a cargo de Crescencio Moreno, 1868.

Jackson, Kenneth T. *The Encyclopedia of New York City.* New York, Yale University, 1995.

Juárez, Benito. *Documentos, discursos y correspondencia.* Selección y notas de Jorge L. Tamayo. México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1966, t. 9 y 10.

Larráinzar, Enriqueta y Ernestina. *Viaje a varias partes de Europa. Con un apéndice sobre Italia, Suiza y los bordes del Rhin por su hermana Elena L. De Gálvez.* México, Tipografía Literaria de Filomeno Mata, 1880. 5 V.

Lincoln, Abraham. *His Speeches and Writings.* Edited by Roy P. Baster. Preface by Carl Sandburg. Ohio, Da Cappo Press, 2001.

López-Portillo y Rojas, José. *Egipto y Palestina. Apuntes de viaje.* México, Imprenta de Díaz de León y Santiago White, 1874.

Martínez Elizondo, Ignacio. *Recuerdos de un viaje en América, Europa y África. Obra ilustrada con 354. grabados y un mapa.* París, Librería de P. Brégi, 1884.

Malanco, Luis. *Viaje a Oriente.* Prólogo de José de Jesús Cuevas. Introducción de Ignacio Manuel Altamirano. México, Imprenta Agrícola-Comercial, 1882-1883, 2 v.

McLean, Malcolm. *Vida y obra de Guillermo Prieto.* México, El Colegio de México, 1960.

Melville, Herman. "Clarel. A Pilgrimage to the Holy Land". En *Selected Poems.* Edited, and with an Introduction by Robert Penn Warren. New York, Barnes & Noble, 1998.

Mora, Pablo. "Manuel Carpio, poeta entre ruinas". *Literatura Mexicana,* México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, Vol. XI, núm, 1, 2000, pp. 63-77.

Morató, Cristina. *Viajeras intrépidas y aventureras.* Prólogo de Manu Leguineche. Barcelona, Random House Mondadori, 2001.

Nueva York Ilustrada. Edición española. Arreglada, según la última edición de Appleton por Eduardo Molina. Nueva York, D. Appleton y Compañía, Libreros-Editores, 1886.

Payno, Manuel. "Fragmentos de un viaje a los Estados Unidos". *Crónicas de viaje*. Compilación, presentación y notas de Borins Rosen Jélomer. Prólogo de Blanca Estela Treviño. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996 (Obras completas I).

Pesado, José Joaquín. "Jerusalem". En *Poesías originales y traducidas*. México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1886.

Prieto, Guillermo. *Viaje a los Estados Unidos*. México, Imprenta del Comercio de Dublán y Chávez, 1878.

"Prosperidad de los estados del Norte en general y particularmente del estado de Nueva-York". *El Mosaico Mexicano*. México, tomo VI, Ignacio Cumplido, 1841.

Ríos, Enrique M. de los. Liberales *ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*. México, Imprenta del Hijo del Ahuizote, 1890.

Rivera y Río, José. *Los dramas de Nueva York*. Adornada con estampas litográficas. Tercera edición, México, Imprenta Litográfica y Tipográfica de J. Rivera, Hijo y Comp., 1873.

Romero, Matías. *Diario personal (1855-1865)*. Edición, prólogo y notas de Emma Cosío Villegas. México, El Colegio de México, 1960.

——. *Apuntes para formar un bosquejo histórico del regreso a la República por los Estados Unidos de algunos de los prisioneros mexicanos deportados a Francia. Acompañados de documentos oficiales para rectificar los apuntes del Sr. D. Epitacio Huerta*. México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1868.

Rosa, Luis de la. *Impresiones de un viaje de México a Washington en octubre y noviembre de 1848*. Edición y prólogo de Emmanuel Carballo. Toluca, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 2002.

Said, Edward W. *Orientalismo*. Presentación de Juan Goytisolo. Traducción de María Luisa Fuentes. Madrid, Debate, 2002.

Schuler, Wolfgang. *In the Holy Land. Paintings by David Roberts. 1839*. London, Studio Editions, 1995.

Sierra, Justo. "En Jerusalén". En *Cuentos románticos*. Prólogo de Raymundo Ramos. Epílogo de Hilarión Frías y Soto. México, Factoría Ediciones, 1999.

....."En tierra yankee". En el volumen *Viajes*. Edición, notas e índices de José Luis Martínez. México, Universidad Nacional Autónomas de México, 1948 (Obras completas, VI).

Sierra O'Reilly, Justo. *Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos*. Prólogo y notas de Héctor Pérez Martínez. Mérida, Yucatán, Gobierno del Estado de Yucatán, 1988.

Stern, Lawrence. *Viaje sentimental*. Traducción y prólogo de Alfonso Reyes. Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

Tablada, José Juan. *Las sombras largas*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993 (Lecturas mexicanas. Tercera Serie, 52).

Trager, James. *The New York Chronology*. New York, Harper Resource, 2003.

Twain, Mark. *The Innocents Abroad or The New Pilgrim's Progress. Being some account of the Steamship "Quaker's City" pleasure excursion to Europe and The Holy Land*. (1869). New York, Harper & Brothers Publishers, 1903, 2 v.

Valenzuela, Jesús E. *Mis recuerdos. Manojo de rimas*. Prólogo, edición y notas de Vicente Quirarte. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001 (Memorias mexicanas).

Zarco, Francisco. *Artículos periodísticos desde el exilio. Nueva York 1865-1867*. Compilación y revisión: Boris Rosen Jélomer. México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, 1992 (Obras completas, XIII).

Zavala, Lorenzo de. *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América*. Mérida, Yucatán, Castillo, 1846.

Más allá de la visión de Anáhuac: Poética de los viajeros mexicanos, de Vicente Quirarte, terminó de imprimirse en septiembre de 2007, en los talleres de Serna Impresos, S. A. En su composición se utilizaron los tipos New Baskerville 8, 9, 10, 12, 13, 14, 15 y 48. El cuidado de la edición estuvo a cargo del Centro de Estudios Humanísticos de la UANL. Formato interior y diseño de portada de Claudio Tamez Garza. El tiraje de esta edición consta de 1000 ejemplares.

Cátedra Raúl Rangel Frías

Otros títulos

1 Las humanidades en el siglo XXI y la privatización del conocimiento
Autor: Carlos Montemayor

2 Gabriel García Márquez: para una literatura menor
Autor: Rafael Olea Franco

CÁTEDRA RAÚL RANGEL FRÍAS

Con el propósito de incrementar la presencia y el estudio de las humanidades en la Universidad Autónoma de Nuevo León, animado por las ideas, el pensamiento y la actividad universitaria del ilustre intelectual nuevoleonés (1913-1993), la Cátedra Raúl Rangel Frías es un programa desarrollado por el Centro de Estudios Humanísticos de la Secretaría de Extensión y Cultura de la UANL, conformado por conferencias magistrales a cargo de reconocidas personalidades, cursos, ediciones y producciones audiovisuales orientadas a la divulgación y expansión del conocimiento.

Aprobada por el Consejo Universitario de la UANL el 22 de marzo de 2006, la Cátedra Raúl Rangel Frías también tiene el propósito de preservar y difundir el pensamiento del gran humanista regiomontano.

3

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ISBN 978-970-694-436-8

9 789706 944368